

PRÓLOGO

A un historiador —y a un libro de historia— se le pide que ponga ante nosotros fragmentos del pasado que nos interpielen en el presente: que nos digan algo relevante aquí y ahora. Si lo hacen bien, el historiador y su libro dejarán escrito algo que tendrá sentido mucho más allá del momento desde el cual se pronunciaron. Sin duda, este libro de Óscar Anchorena reúne ambas cualidades: la de ser verdadera historia contemporánea, por ilustrar debates del presente con la reconstrucción de las experiencias pasadas; y la de contener planteamientos intelectuales que, superando toda tentación de presentismo, constituyen una pieza rigurosa y perdurable de investigación histórica.

Como trabajo historiográfico, en efecto, este libro es fruto de muchos años de trabajo de investigación, acompañado de discusiones en seminarios y congresos para poner a prueba las conclusiones que iba decantando su autor. En su momento, fue una tesis doctoral que obtuvo la máxima calificación en la Universidad Autónoma de Madrid, y que fue reconocida con el Premio Miguel Artola 2020 para tesis doctorales en Historia Contemporánea que conceden la Asociación de Historia Contemporánea y el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Superando multitud de circunstancias adversas, que incluyen una pandemia mundial, el libro sale ahora a la luz.

La fuerza de la tesis residía, desde el comienzo, en tres características que el libro mantiene y que lo hacen notablemente ambicioso. En primer lugar, su objeto, pues trata de identificar qué fue del republicanismo en el largo periodo de tiempo que medió entre la desaparición de la Primera República española (herida de muerte por el golpe del general Pavía y rematada por el pronunciamiento del general Martínez Campos que restauró a los Borbones en 1874) y la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931 (tras conocerse los resultados de las elecciones municipales celebradas dos días antes). En segundo lugar, su enfoque teórico y metodológico, que va mucho más allá del relato de acontecimientos políticos, el seguimiento de

los líderes nacionales más conocidos o el recuento de unos resultados electorales viciados por el fraude en el que se basaba el sistema de la Restauración; en vez de esto, el libro se sumerge en las profundidades del «pueblo republicano» en busca de una cultura política compartida y transmitida de generación en generación mediante formas propias de sociabilidad y movilización de las bases, terreno que, obvio es decirlo, resulta mucho más complicado. Y en tercer lugar, el carácter esquivo de las fuentes documentales utilizadas, pues la opción por hacer una «historia hacia abajo» (como dice el propio autor) lleva a dar voz a los que no tenían voz, a intentar registrar las acciones de los que no dejaban registros formales, a reconstruir identidades, emociones y creencias que constituyen la parte más informal de la cultura de unas clases populares que, a su vez, se situaban en la parte de la sociedad más alejada de la burocracia estatal, de las instituciones políticas y de la cultura letrada de las elites; no ha sido fácil, pues, encontrar la abundante información que aquí se ofrece, y mucho menos articular los muchos hilos de esa información tejiendo un discurso claro, comprensible y coherente.

Ese triple reto convierte a este libro en un trabajo de historia poco común. El objeto de estudio ha sido construido por su autor a partir de la necesidad de responder a preguntas candentes en la historiografía española (tan candentes que tocan a debates políticos vivos también en la actualidad), y no por la comodidad de una fuente fácilmente accesible. La investigación hubo de centrarse en un territorio concreto para resultar factible; la elección de la ciudad de Madrid, que además de ser la capital del Estado era una de las poblaciones españolas con un republicanismo popular más vivo y menos conocido, ha permitido ilustrar lo que estaba pasando en el centro mismo del poder, donde la existencia de corrientes republicanas resultaba más preocupante para las elites del régimen monárquico. Fue ese republicanismo intenso, sostenido y estructurado el que, resistiendo a la marginación y la represión de las que fue objeto, se transmitió hasta estallar en abril de 1931 y hacer inviable cualquier tentación de resistencia que hubieran podido tener los partidos dinásticos de la Restauración, el ejército o el entorno cortesano del rey.

Son muchas las facetas de este libro que revisten interés, tanto para los estudiosos del mundo académico como para cualquier lector que se pregunte por la historia de España. Podría decirse que contiene muchos libros en uno. Hay una historia local, que toma por escenario la ciudad de Madrid y sus barrios populares; pero es una historia de relevancia más general, imbricada en tendencias políticas, sociales y culturales que afectaban a todo el país (en un régimen tan centralista como lo fue el de la Restauración, el de-

safío republicano en las calles de la capital no era un asunto meramente local, sino una amenaza en el corazón mismo del sistema). Hay una historia del protagonismo de las mujeres en aquella lucha cotidiana por los valores democráticos y republicanos. Hay una historia de la movilización popular y de la avidez de educación y cultura de unos sectores populares a los que con frecuencia se ha tenido por ignorantes y desmovilizados, culpando a las víctimas del secuestro político del que eran objeto por caciques y oligarcas. Hay una historia de los rituales y los símbolos con los que una cultura laica y alternativa hizo frente a las tradiciones rituales de la Iglesia católica para disputarle el control del espacio público. Hay una historia de un Madrid distinto, republicano y combativo, muy alejado del «Madrid oficial» con el que a veces se confunde a la ciudad entera, tomando la parte por el todo en una sencilla contraposición de centro y periferia. Hay una historia subterránea, de una república que sobrevivía en los corazones y en la intimidad de los hogares de sus militantes, condenada a las catacumbas por una Restauración borbónica que acabó en dictadura en 1923.

El libro de Óscar Anchorena nos ayuda a entender qué fue y cómo se implantó la Segunda República. Pero sobre todo, al hacerlo, saca del anonimato a aquellos miles de hombres y mujeres que desafiaron el orden establecido por su fe en una República que entendían como la realización de los más altos ideales de justicia, libertad y democracia. La República, rodeada de un halo mítico a pesar de los intentos de desacreditarla ridiculizando la experiencia de 1873, ofrecía un horizonte de esperanza en el que adquirirían sentido los sacrificios de una lucha aparentemente condenada al fracaso por la desproporción de fuerzas con sus adversarios. Quienes compartían la fe republicana estaban convencidos de que la República era la única forma de Estado plenamente racional y compatible con la democracia; la única que, desembarazándose de las hipotecas de un pasado ominoso, podía hacer realidad la voluntad de las mayorías y asegurar un futuro de progreso y de justicia social. Su utopía de que el jefe del Estado fuera elegido por los ciudadanos era poco más que un símbolo, aunque un símbolo importante: significaba poner en la cúspide de la organización política el principio democrático y el principio de mérito, como palancas para desterrar del conjunto de la organización social el principio hereditario del que nacían los privilegios. ¿Podrá alguien decir que estaban equivocados?

Al asomarnos a aquella época de la historia tenemos que admitir la grandeza de quienes trabajaron y lucharon por una democracia que hoy tenemos a dar por supuesta. Los republicanos de los siglos XIX y XX decían *república* para significar *democracia*: el fin de los privilegios, la igualdad

ante la ley, el gobierno del pueblo por el pueblo, todo lo que por entonces se hurtaba a los españoles, incluso si algunos de esos principios figuraban nominalmente en la Constitución. Creían firmemente en la democracia, pero una democracia con todas sus consecuencias, lo que para ellos implicaba dar al Estado forma republicana, hacer realidad la separación entre la Iglesia y el Estado, acabar con la manipulación electoral, comprometer al Estado en la corrección de las desigualdades sociales, asegurar la enseñanza para todos, recomponer la nación reconociendo la diversidad y la igualdad de todos los territorios que la componían, y también promover una cultura cívica de la participación y de las virtudes republicanas como base de un patriotismo nuevo y genuino.

La historia de quienes creyeron en la República es la historia de quienes creyeron tempranamente en la democracia; y, por tanto, de los verdaderos héroes a quienes se debe lo mucho o poco que de democracia haya conseguido tener la España actual. Si la democracia tiene precedentes en la España contemporánea, son aquellos: los de la Segunda República y la memoria de la Primera que algunos mantuvieron viva. Si alguna vez ha habido una cultura democrática en España, sus raíces se encuentran en aquellos creyentes republicanos que la abrazaron cuando lo tenían todo en contra. Y, como consecuencia, la historia que resulta y que se cuenta en este libro es hermosa, tiene la belleza épica de una lucha aparentemente condenada al fracaso. Está llena de un heroísmo que merece ser recordado, hecho de sacrificios anónimos y de entrega a una causa común: la causa de la República, la causa de la democracia.

Juan Pro
(Instituto de Historia, CSIC)

INTRODUCCIÓN

Yo no advine a la república, ni el 14, ni el 16 de abril. Me he formado en el clima paterno de un hombre que batalló en las épocas difíciles con Menéndez Pallarés, Castrovido y Pi Arsuaga¹.

Cuando Clara Campoamor, exhausta y desencantada tras su lucha por el voto femenino, reivindicaba a varios compañeros de tradición política, evocaba ese momento privilegiado a la memoria democrática: el 14 de abril de 1931. La hija de un dirigente federal de Madrid de comienzos de la década de 1890 cuyo activismo en los comités de su barrio y a nivel municipal había quedado olvidado, plasmaba una especie de voluntad genealógica y memorística del republicanismo que alcanzó el poder en 1931. Las palabras escritas a modo de justificativa necesidad aluden al mismo tiempo al recuerdo de compañeros y a la conjura del olvido que acaso les amenazaba. Aquella tradición podría comenzar a verse rodeada de niebla a consecuencia del desarrollo de la fiesta ciudadana con que arrancó la Segunda República. La propia feminista emplea un término, «advine», que llama a la reflexión histórica. Campoamor se reclama de un *linaje* republicano y rechaza su incorporación a la lucha democrática con el *advenimiento de la República*, algo que no debía de resultar evidente. Rechaza ser una advenediza a la causa democrática. Expresiones que aluden a la accidentalidad del suceso —piedra angular de la historiografía conservadora posterior—, al acontecimiento inesperado, sobrevenido, acaecido de forma sorpresiva².

¹ Clara CAMPOAMOR, *El voto femenino y yo*, Beltrán, Madrid, 1936, p. 292.

² Algunas biografías de Clara Campoamor que no recogen la militancia federal paterna serían Concha FAGOAGA BARTOLOMÉ y Paloma SAAVEDRA RUIZ, *Clara Campoamor. La sufragista española*, Ministerio de Cultura-Instituto de la Mujer, Madrid, 2007; y Pilar DÍAZ SÁNCHEZ, *Clara Campoamor (1888-1972)*, Ediciones del Orto, Madrid, 2006. El origen del advenimiento quizá en Josep PLA, *Madrid. El advenimiento de la República*, Diario Público, Madrid, 2011, publicado en

Por el contrario Campoamor se quiso insertar en una corriente política que se remontaba décadas atrás. Quizá aquejada de cierta desconexión y pérdida de referentes. Tal vez el gran público republicano de 1936 no recordase a Emilio Menéndez Pallarés, fallecido en 1927, ni a Francisco Pí y Arsuaga, uno de los hijos de Francisco Pí y Margall, desaparecido en 1912. O estuviese desdibujando la trayectoria del anciano Roberto Castrovido, por entonces con setenta y dos años de edad. ¿Acaso la memoria democrática de los decenios anteriores al régimen de 1931 comenzaba a debilitarse? ¿Habían logrado los años de dictadura de Primo de Rivera desconectar a los republicanos de la *fiesta popular* del 14 de abril de quienes pugnaron por derribar la Monarquía antes de 1923? ¿Quizá las dinámicas fundantes y las promesas de futuro contribuyeron a ocluir en alguna medida el pasado reciente?³

Tal y como hicieran Shlomo Ben-Ami y Santos Juliá, los comienzos de la segunda experiencia democrática de España permiten plantearse el perpetuo interrogante por los orígenes. ¿De qué forma se explicaría la llegada de la Segunda República? ¿Qué procesos abocaron a la *transición* entre la dictadura que liquidó medio siglo de régimen constitucional con la ayuda de su máxima autoridad y un sistema democrático de *trabajadores de toda clase* inédito? ¿Por qué los ciudadanos votaron de forma masiva por la República en las ciudades el 12 de abril de 1931, casi un setenta por ciento en Madrid? No es un secreto que las preguntas originales remiten en parte al apocalipsis republicano, esto es, a la destrucción del régimen democrático por el fascismo en 1939 y a la subsiguiente quiebra del largo hilo rojo de su memoria. Santos Juliá ensayó una respuesta: «Es el pueblo quien, con su fiesta, funda la República». Para él, obra de «la masa obrera que frecuentaba la Casa del Pueblo» socialista y «de la cultura y afinamiento intelectual... de la Institución Libre». La transición se produjo por el impulso de la *fiesta popular* que «suprimió el tiempo y el espacio para cualquier iniciativa que no fuera la proclamación de una República y, *ante sorpresa de todos*, la República se instauró como resultado inmediato de un movimiento popular». En realidad se trataba de la misma estrategia de movilización desde fines del siglo XIX. Con el paso de los años *el pueblo* se transformará en la *clase trabajadora*, metamorfosis que «resume toda la historia de la República en Madrid». Shlomo Ben-Ami añadió la indecisión y la incapacidad de la élite de la Res-

1932. «Linajes» y «sagas» republicanas en Ángel DUARTE, *El Republicanismo. Una pasión política*, Cátedra, Madrid, 2013, p. 22.

³ Santos JULIÁ, *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984.

tauración «sin ideas políticas que proponer», algunos de cuyos miembros legitimaron al nuevo régimen, y la modernización de actores como las organizaciones universitarias. Abundó en la sorpresa por la «súbita aparición del republicanismo» en 1930 que impresionó a los «observadores extranjeros y españoles», acaso momento germinal de la conceptualización accidental, del *advenimiento*, de la República. Y subrayó la fuerza del «mito» de la «responsabilidad» del rey en el golpe de Primo de Rivera: «apoyó una sublevación militar contra un gobierno constitucional»⁴.

Este trabajo apunta también a una hipótesis genética de la Segunda República. Los acontecimientos de abril de 1931 se explicarían —junto a la crisis de legitimidad monárquica por su asociación con el dictador y a la gran movilización de los partidos de izquierdas— por acción de una profunda tradición democrática apoyada por amplios sectores sociales. Dinámicas culturales y de acción colectiva —de lucha en las calles y transmisión de valores y discursos— puestas en práctica durante generaciones que consolidaron un denso magma democrático en las primeras décadas del siglo xx. Esta corriente emergió con fuerza ante la oportunidad de materializar su propuesta de bandera durante más de cinco décadas: expulsar a la Monarquía de Borbón mediante el ejercicio del sufragio y la movilización. Tal vía a la República suscita preguntas relativas a abril de 1931 y abril de 1939: ¿estaban preparados los españoles para autogobernarse?, ¿existía una cultura democrática en la tercera década del siglo xx, como sostiene la hipótesis anterior? El paradigma interpretativo dominante había planteado la inexistencia de ciudadanía en sentido fuerte. Deudor de esquemas politológicos que ligaban el desarrollo económico y el surgimiento de clases medias fuertes con el avance de los sistemas democráticos, caracterizaba la España de la Restauración con la *apatía* y la *desmovilización*. La población en gran medida analfabeta y rural no habría desarrollado la ciudadanía liberal debido a la «desmovilización radical». Ni siquiera los electorados urbanos habrían mostrado interés por la democratización. Por tanto el clientelismo y el patronazgo, el caciquismo como forma de Gobierno del que participaban todos los sectores, sería el mejor de los sistemas posibles ya que «la clase política estaba muy por encima del electorado»⁵. Los sectores populares urbanos

⁴ El apoyo a la Conjunción el 12 de abril de 1931 en Santos JULIÁ, *Madrid, 1931-1934...*, *op. cit.*, pp. 8 y 10. Las cursivas son mías. Shlomo BEN-AMI, *Los orígenes de la Segunda República española: anatomía de una transición*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, pp. 27-28, 88-91 y 248-250.

⁵ Javier TUSELL, «Los intentos reformistas de la vida política durante el reinado de Alfonso XIII», en Salvador FORNER (coord.), *Democracia, elecciones y modernización en Europa*, Cátedra, Madrid, 1998, p. 300. La desmovilización sería «el precio pagado por esta realidad de

«tendieron a alimentar motines» y a «manifestaciones populistas» antes que «a la defensa de formulaciones democráticas». Desde «una cultura del desprecio al proceso electoral» que alternaba apatía general y fogonazos de movilización —denominados «democracia de emociones»— que «no contribuyeron a crear una cultura de respeto a la discrepancia política». La sociedad civil habría legitimado el inmovilismo *canovista* con su «actitud despolitizada»⁶. Tal interpretación del «fracaso del proyecto modernizador» de la Restauración se inserta en la llamada «concepción liberal» de la democracia, de carácter histórico unilineal y que asocia modernidad, progreso económico capitalista y avances democráticos. Tesis que se extrema para el mundo rural, arquetipo del atraso y la apatía y «marginado» en la «historia de la democracia». Dicha Teoría de la Modernización que liga desarrollo económico y democracia se habría empleado por la historiografía dominante en la Transición para explicar el final de la Segunda República, la dictadura franquista y en último término el éxito de la transición a la democracia⁷.

Aquí se cuestiona la caracterización de la Restauración como un periodo de desmovilización, en línea con las corrientes historiográficas que proponen la modificación del paradigma del fracaso en un sentido democratizador. ¿Cuál habría sido, entonces, el grado de movilización de las oposiciones y sectores democráticos del Madrid de la Restauración? ¿A través de qué

paz», Javier TUSELL, «El sufragio universal en España (1891-1936): un balance historiográfico», en Javier TUSELL (coord.), «El sufragio universal», *Ayer*, 3, 1991, pp. 23-24. En Madrid la política sería más dinámica: Javier TUSELL, «El comportamiento electoral madrileño revisitado», en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO (eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1875-1931*, Vol. 2, Alfoz-CM, Madrid, 1989, pp. 27-38. La historiografía de la desmovilización para la Restauración en detalle en mi tesis doctoral *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, accesible en: <https://repositorio.uam.es/handle/10486/687583>.

⁶ Motines en Manuel SUÁREZ CORTINA (coord.), *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 15; democracia de emociones en María Jesús GONZÁLEZ, «Algunas reflexiones sobre la cultura política» en Manuel SUAREZ (coord.), *La cultura española en la Restauración*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999, p. 462; y actitud despolitizada en Rogelio LÓPEZ BLANCO, «Madrid, antes y después del sufragio universal», en Javier Tusell (coord.), «El sufragio universal», *Ayer*, 3, 1991, p. 90.

⁷ Antonio HERRERA y John MARKOFF, «Presentación», en Antonio HERRERA y John MARKOFF (eds.), «Democracia y mundo rural en España», *Ayer*, 89, 2013, pp. 14-15 y 36. Carles SIRERA, «Neglecting the 19th century democracy, the consensus trap and modernization theory in Spain», *History of the Human Sciences*, vol. 28, 3, 2015, pp. 51-67. El «paradigma del fracaso» en Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOWARA, «Introducción. El atraso y sus descontentos: entre el cambio social y el giro cultural», en Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOWARA (eds.), *Historias de la España contemporánea*, Valencia, PUV, 2008.

recursos materiales y organizativos se habría vehiculado? ¿Con qué herramientas políticas, tácticas y discursivas? En definitiva, ¿cómo trataron de traer la República las fuerzas antidinásticas? Tales cuestiones conducen a reflexiones acerca de la acción colectiva y de los elementos culturales que la rodean. En el horizonte se vislumbra un interrogante final, en cierta medida utópico: ¿por qué no lograron las oposiciones la efectiva transformación institucional de la Monarquía borbónica? Para tratar de responder baste ahora la propuesta de Philip Nord del surgimiento de la sociedad civil en Europa desde el siglo XIX: fuera de la ley, más dependiente de la tolerancia del Estado que de un reconocimiento oficial y resultado de una movilización desde abajo⁸. Por otra parte se estudiará si durante años se había configurado y reconfigurado una cultura política republicana en que se socializaron miles de hombres y mujeres. Y si fue así, de qué maneras se aculturaron, es decir, cómo se devenía republicano. Si aquel pueblo republicano difuso generó una sociabilidad democrática que definía una forma de estar en la *polis*, ¿cuáles fueron sus prácticas, quiénes tomaron parte en ellas y cómo se relacionaban, en qué lugares se desarrollaron? Y sobre todo ¿cómo aprendieron a ejercer la democracia, en qué procesos adquirieron conciencia ciudadana? La respuesta provisional sería que tales actividades y discursos compartidos constituyeron una escuela popular de ciudadanía democrática. Allí se gestó la tradición política que explica, en conjunción con otras culturas políticas, ese *advenimiento* republicano que más bien que accidental debería considerarse traído y construido por la acción colectiva de miles de individuos a lo largo de varias décadas.

Además de reivindicar la tradición republicana anterior a 1931 y su deseo de conservarla, las palabras de Clara Campoamor permiten fijar los materiales narrativos y los objetivos de esta investigación. Se trata de reconstruir la historia del movimiento democrático de la ciudad de Madrid entre 1874 y 1923, para contribuir a la recuperación de su memoria historiográfica e histórica. Sería una especie de *arqueología republicana* del Madrid de la Restauración⁹. Al mismo tiempo, se busca profundizar en los procesos de democratización en Madrid, y por extensión en España, que pueden darse en sistemas formalmente no democráticos; y pensarlos como parte de las corrientes operativas del inicio de la Segunda República. También, contribuir

⁸ Philip NORD, «Introduction», Nancy BERMEO y Philip NORD (eds.), *Civil Society before Democracy. Lessons from 19th Century Europe*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2000.

⁹ «Apuntes para una arqueología de la República. La alegoría cívica femenina»: Maurice AGULHON, *Política, imágenes, sociabilidades. De 1789 a 1989*, PUZ, Zaragoza, 2016, pp. 119-158. Edición a cargo de Jordi Canal.

a la configuración historiográfica de la cultura política republicana y a la historia de los movimientos democráticos. La reivindicación historiográfica de la que fue la primera, y durante años más fecunda, tradición popular y democrática española puede ser también una cuestión de actualidad: pensar el republicanismo permite pensar también la democracia española de hoy en día y su recorrido histórico. La investigación se aborda desde las teorías de la acción colectiva y de los movimientos sociales, combinadas con la historia de las culturas políticas. Conceptos como *cultura política* y *sociabilidad* permiten disociar la acción política y la construcción de sociedades democráticas del acceso a las instituciones. Se asume el «giro local»¹⁰ que resalta la importancia de las instancias y contextos más cercanos en las movilizaciones democráticas, ante la inmovilidad *por arriba* del sistema de la Restauración. Por todo ello, este trabajo se identifica con la historia social y cultural de la política, en su preocupación por la sociedad civil y la democratización en España.

En los últimos diez años la historiografía sobre el republicanismo histórico español ha avanzado en la ampliación temática como en la profundización. La mezcla de republicanismo y Restauración, y el caso de Madrid, constituye un territorio aún sembrado de ausencias y con amplias temáticas por investigar¹¹.

En general, la historiografía del republicanismo en Madrid en la Restauración se articula en tres periodos por los contextos políticos y las preo-

¹⁰ Antonio HERRERA y John MARKOFF, «Presentación»..., *op. cit.*, p. 17.

¹¹ Cabe agrupar las obras sobre republicanismo en la Restauración en grandes síntesis, investigaciones de la cultura política y estudios locales y biográficos. Un recopilatorio actual: Nicolás BERJOAN, Eduardo HIGUERAS, Sergio SÁNCHEZ (eds.), *El republicanismo en el espacio ibérico contemporáneo. Recorridos y perspectivas*, Casa de Velázquez, Madrid, 2021. Bibliografía más detallada en mi tesis doctoral *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, accesible en: <https://repositorio.uam.es/handle/10486/687583>. Ángel DUARTE, *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*, Alianza Editorial, Madrid, 2009; *El republicanismo. Una pasión política*, Cátedra, Madrid, 2013; Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN (coord.), *Experiencias republicanas en la Historia de España*, Catarata, Madrid, 2015; y Eduardo HIGUERAS (coord.), *El republicanismo histórico español: orígenes y actualidad de una tradición política recuperada, Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 28, 2016. Sobre cultura política: Román MIGUEL, *La Pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, CEPC, Madrid, 2007 y Javier DE DIEGO, *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, CEPC, Madrid, 2008. Trabajos biográficos: Eduardo HIGUERAS, Rubén PÉREZ y Julián VADILLO (coords.), *Activistas, militantes y propagandistas. Biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*, Athenaica, Madrid, 2018; y Eduardo HIGUERAS, *Con los Borbones, jamás. Biografía de Manuel Ruíz Zorrilla (1833-1895)*, Marcial Pons, Madrid, 2016; entre otros.

cupaciones dominantes. Un trabajo reciente se ocupa en detalle de ella y permite descargar en él el análisis pormenorizado¹². En los años finales del franquismo las historiografías marxista y liberal subsumieron el caso madrileño en síntesis estatales muy marcadas políticamente. El despliegue historiográfico con el desarrollo autonómico alumbró la obra coordinada por Ángel Bahamonde y Luis Enrique Otero (1989), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, que incorpora un trabajo de Demetrio Castro sobre el republicanismo madrileño entre 1875 y 1893. Y la tercera fase arrancarí­a hacia 2007 con el empleo de nuevas herramientas metodológicas. La historia urbana madrileña arroja muy interesantes resultados desde hace diez años. Santiago De Miguel y Carlos Hernández, entre otros, aplican perspectivas renovadas al análisis político y de la acción colectiva. Marta del Moral comparte los enfoques y los aplica a la movilización de las mujeres republicanas. Las elecciones de 1893, 1903 y 1909, grandes triunfos republicanos; los análisis *a ras de suelo* de la política en espacios muy acotados de Madrid; y la acción institucional resultante ha sido atendidas¹³. El cruce metodológico sitúa a la historiografía en esquemas modernos que permiten ahora profundizar en las fuerzas democráticas y las culturas políticas en el espacio urbano, gracias al conocimiento del Madrid y de sus cambios sociales, culturales y políticos¹⁴.

¹² Óscar ANCHORENA y Eduardo HIGUERAS, «Los estudios sobre el republicanismo histórico en las dos Castillas y Madrid. Aproximación historiográfica», en Nicolas BERJOAN, Eduardo HIGUERAS, Sergio SÁNCHEZ (eds.), *El republicanismo en el espacio ibérico contemporáneo...*, op. cit., pp. 71-82.

¹³ Demetrio CASTRO, «El republicanismo madrileño en la primera etapa de la Restauración» en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO, (dirs.), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, CAM-Cidur, Vol. I, pp. 19-36. Entre otros, Carlos HERNÁNDEZ, «El voto de la costumbre, culturas políticas y crisis urbana en Madrid a comienzos del siglo XX», *Studia historica. Historia contemporánea*, 35, 2017, pp. 369-403; Carlos HERNÁNDEZ y Santiago DE MIGUEL, «De las calles a las instituciones. Protesta popular y conquista del poder municipal en Madrid (1909)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 40, 2018, pp. 245-273; Santiago DE MIGUEL, «La Unión Republicana en el corazón de la monarquía. El triunfo electoral de 1903», *Historia Contemporánea*, 53, pp. 553-591, 2016; «Los republicanos del Ayuntamiento de Madrid en las elecciones a Cortes de 1893», *Ayer*, 109, 2018, pp. 242-256; y *Republicanos y socialistas: el nacimiento de la acción política municipal en Madrid (1891-1909)*, Catarata, Madrid, 2017; y Marta DEL MORAL, «Acción colectiva femenina republicana: las *Damas Rojas* de Madrid (1909-1911), una breve experiencia política», *Hispania*, 226, 2007, pp. 541-566.

¹⁴ En quince años, se ha producido en la Universidad Complutense una rica Historia de Madrid en la Restauración. Entre otros: Borja CARBALLO, Rubén PALLOL y Fernando VICENTE, *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008; Rubén PALLOL, *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2009; Fernando VICENTE, *Los barrios ne-*

ENFOQUES ANALÍTICOS, PUNTOS DE PARTIDA Y PERIODIZACIÓN

El presente trabajo quisiera convertirse en una «historia desde abajo» de la movilización y la sociabilidad republicanas en el Madrid de la Restauración, de protagonistas colectivos y anónimos, gente corriente y de las llamadas clases inferiores, «agentes que afectaron al mundo» cuyo estudio no debe separarse «de la estructura y el poder». En ocasiones, más que historia desde abajo aparece un relato de *historia hacia abajo* que busca acercarse a líderes de segunda y tercera fila y militantes anónimos o desconocidos a la historiografía. Este protagonismo condiciona el relato. Se trata de un objeto de estudio dinámico. Dicha historia abierta y en permanente disputa impide aceptar linealidad o progreso. Las acciones colectivas experimentaron surgimientos y abandonos, avances y retrocesos. Las expresiones de cambios y permanencias son concesiones al relato y no manifestaciones de sujetos estáticos. Al igual que Joan Scott para la historia del feminismo, se asume que se compondrá una historia de la discontinuidad, despojada de componentes teleológicos y progresivos, por más que transcurra de forma cronológica. No se considera que el republicanismo avanzase desde la primera experiencia institucional democrática (1873) a la segunda (1931). Quizás en algunos aspectos retrocedería¹⁵.

La movilización republicana se entiende como intento de acceder al poder para configurar la sociedad y como pugna simbólica con el Gobierno.

gros: *el Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2011; Nuria RODRÍGUEZ, *La capital de un sueño. Madrid, 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2013; Borja CARBALLO, *El Madrid burgués. El ensanche Este de la capital (1860 - 1931)*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2015; Santiago DE MIGUEL, *Madrid, los retos de la modernidad transformación urbana y cambio social, (1860-1931)*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2015; y Madrid, *sinfonía de una metrópoli europea, 1860-1936*, Catarata, Madrid, 2016; Luis DÍAZ, *Los barrios bajos de Madrid, 1880-1936*, Catarata, Madrid, 2016; Luis Enrique OTERO y Rubén PALLOL (coords.), *La sociedad urbana en España, 1900-1936: redes impulsoras de la modernidad*, Catarata, Madrid, 2017; y Carlos HERNÁNDEZ, *El desborde de la ciudad liberal: cultura política y conflicto en los suburbios de Madrid (1880-1930)*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2020.

¹⁵ Jim SHARPE, «Historia desde abajo», en Peter BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 2003, pp. 40-57. Inauguraba la categoría en 1964 Georges RUDÉ, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Siglo XXI, Madrid, 2009. Le seguirían Edward Palmer THOMPSON, «History from below», *The Times literary supplement*, 7/04/1966, pp. 279-280 y Frederic KANTZ (ed.), *History from below: studies in popular protest and popular ideology*, Montreal, 1985. Destacan Emmanuel LE ROY LADURIE, *Montailou. Una aldea occitana de 1294 a 1324*, Taurus, Madrid, 1988, publicado en 1975; y Carlo GINZBURG, *El queso y los gusanos*, Península, Madrid, 2014, publicado originalmente en 1976, denominados en ocasiones Microhistoria. Joan W. SCOTT, «El eco de la fantasía...», *op. cit.*, p. 114.

También como una lucha por la identidad y el reconocimiento desde el otro monárquico, por la visibilidad y por la legitimidad social¹⁶. Dicho combate tendría como adversarios principales a la Iglesia católica, instancia hegemónica de creación de sentido común y normas culturales; y, a unas autoridades deseosas de encerrar al republicanismo y expulsarlo a los márgenes de la representatividad, asociándolo con el desorden cantonal¹⁷. De ahí la centralidad comunicativa y la batalla simbólica alrededor de la violencia. La insistencia de los republicanos en su carácter pacífico y la imputación al gobierno de provocaciones y violencia. Dicha legitimación buscaba atraer a grupos no movilizados. El lugar enunciativo de la historia política de los líderes y de los partidos no satisface. Se busca al colectivo difuso de protagonistas anónimos. Se evitarán las recomposiciones de los partidos. Interesan los acuerdos por arriba en la medida en que propiciaron cursos de acción por abajo. Tampoco se aborda la investigación minuciosa de los datos electorales. Por la sombra de sospecha acerca de su relevancia epistemológica, pues no es posible inferir su grado de autenticidad. Resulta muy probable que los datos disponibles sufrieran adulteraciones que distorsionen de modo fatal el análisis. En especial los que corresponden *grosso modo* al periodo de 1874 a 1909. No cabe sino darles estatuto de provisionalidad. Y por la limitación de la sociología electoral y de la historia política clásicas, centradas en unos pocos diputados y senadores en unas Cortes ajenas a su función de representación. La movilización no se explicaría por decisiones de unas minorías singulares. Las elecciones serían indicadores de grandes tendencias y procesos políticos y generadoras de discursos y prácticas movilizadoras. Es decir, oportunidades políticas resultantes de marcos de situación. Se analizan algunas que no ofrecen tanta incertidumbre al conllevar tal movilización que dificultó el falseamiento. Las campañas electorales interesan más por los recursos y las claves narrativas que por los resultados. Las actividades previas y posteriores permiten aquilatar mejor el grado, las formas y los acicates o frenos de la movilización.

El republicanismo se asume como movimiento interclasista, en línea con López Estudillo, Gabriel o Duarte, entre otros; no como fuerzas burguesas o partidos de notables con apoyo de clases medias que instrumentalizaron a los trabajadores en un contexto general de apatía ciudadana y desmo-

¹⁶ Se sigue para los movimientos sociales su «necesidad de justificar públicamente la acción colectiva, como forma de expresión pública, cauce de participación democrática». Gloria GARCÍA GONZÁLEZ, «Entre la historia y la sociología...», *op. cit.*, p. 153.

¹⁷ El mito de la Primera República y su imagen violenta, en origen, en José María JOVER, *Realidad y mito de la Primera República*, Espasa Calpe, Madrid, 1991.

vilización, como han sostenido Suárez Cortina, Tusell, Dardé o Robles Egea. Tampoco se asume que entonces el proletariado encontró la representación de sus intereses en las entidades internacionalistas¹⁸. Ello no obsta a la existencia de conflictos de clase, de género y por el poder. Por su menor representatividad popular, los *krausistas* de la Institución Libre de Enseñanza, los *posibilistas* o los masones republicanos merecen menos atención que los entornos federales, progresistas, librepensadores o radicales. El pueblo republicano formado por hombres y mujeres de distintas condiciones sociales, culturales, económicas y políticas se articuló alrededor de propuestas de movilización e identidades cambiantes. Este relato persigue a los sujetos democráticos. No sería necesario un marco institucional de democracia para la aculturación de miles de personas en sus valores y usos. La asistencia a mítines y reuniones en donde se decidía por aclamación, se podía hablar o se increpaba a los intervinientes; la auto-organización en las manifestaciones; la toma de decisiones en las estructuras; la votación de cargos en los partidos; y, las elecciones de candidatos a los comicios configuraron identidades democráticas¹⁹. También los espacios sociales. Mediante la elección de responsables de los centros, la intervención en los debates o sesiones de rendición de cuentas y el acceso al estado de las finanzas. Las mujeres pertenecieron a este sujeto colectivo, no obstante su identidad subalterna como grupo

¹⁸ El republicanismo interclasista en Antonio LÓPEZ ESTUDILLO, «El republicanismo en la década de 1890: reestructuración del sistema de partidos» en José Antonio PIQUERAS y Manuel CHUST (eds.), *Republicanos y repúblicas en España*, Siglo XXI, Barcelona, 1996, pp. 200-211; y en Pere GABRIEL y Ángel DUARTE, «¿Una sola cultura política...», *op. cit.*, pp. 14-20. Desmovilización y apatía, en Javier TUSELL (ed.), «El sufragio Universal», *Ayer*, 3, 1991; Miguel MARTORELL, «Marchando por la senda de la conciliación liberal: El largo camino hacia el consenso en la España del Siglo XIX», *Aportes*, 92, 2016, pp. 33-61; Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 9-29; María Jesús GONZÁLEZ, «Algunas reflexiones sobre la cultura política» en Manuel SUÁREZ CORTINA (coord.), *La cultura española en la Restauración*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999, p. 463; y Carlos DARDÉ, *La aceptación del adversario...* 2003, p. 204; y «Elecciones y reclutamiento parlamentario en España» en Javier MORENO LUZÓN, Pedro TAVARES DE ALMEIDA (eds.), *De las urnas al hemiciclo. Elecciones y parlamentarismo en la Península ibérica (1875-1926)*, Marcial Pons-Fundación Sagasta, Madrid, 2015, pp. 17-45. El paso de los obreros al internacionalismo en Manuel SUÁREZ CORTINA, «Demócratas sin democracia. Republicanos sin república. Los demócratas españoles e italianos en el apogeo y crisis del Estado liberal, 1870-1923» en Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *La Restauración...*, *op. cit.*, pp. 351-353 y Antonio ROBLES EGEA «El liderazgo político y sus estilos. Homogeneidad y diversidad en el republicanismo español en la segunda mitad del siglo XIX» en Demetrio CASTRO (coord.), *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*, UPNA, 2015, p. 17.

¹⁹ James VERNON, *Politics and the People. A study in English political culture, c. 1815-1867*, Cambridge University Press, 1993.

oprimido. El sistema de género de privilegio masculino creó una *paradoja* en el republicanismo, por la incoherencia entre el universalismo democrático y el patriarcado social.

La participación de las mujeres republicanas encaja en los «feminismos históricos» cuya pluralidad apuntaba Mary Nash. Del esquema en cinco etapas de Ramos, las tres primeras corresponden a la Restauración; y de los grandes feminismos «liberal, laico y obrerista», los dos últimos «comparten espacios de sociabilidad». Se sigue la reivindicación de los «discursos de género asociados a los liberalismos» de Burguera²⁰. El feminismo republicano protagoniza la etapa del feminismo laico en el que militaron mujeres de todas las clases, librepensadoras y masonas. Construyeron una sociabilidad popular «activa y democrática», impulsada desde identidades «politizadas y autónomas». Aquellas *heterodoxas* «derrochaban valentía -una virtud masculina- y generosidad una femenina» y «suponían una amenaza para los defensores del orden patriarcal»²¹. No cabe asimilar el republicanismo con la cultura de género de la Restauración: el patriarcado que adjudicaba la esfera pública y política a los varones en exclusiva y el espacio doméstico y reproductivo a las mujeres. Las republicanas participaron en las movilizaciones y lograron adquirir visibilidad y centralidad. En un esquema de género igualitario en la teoría pero jerarquizado en la práctica hubo ventanas feministas, momentos de protagonismo de las mujeres. Un desarrollo entre auges y declives. La acción de las mujeres era apoyada por los «feminismos de hombres» republicanos en defensa de la igualdad de género, lo que matiza la «persistencia de actitudes mayoritariamente machistas e incluso misógi-

²⁰ Mary NASH, «Los feminismos históricos: revisiones y debates», en Ángela CENARRO y Regine ILLION (eds.), *Feminismos. Contribuciones desde la historia*, PUZ, Zaragoza, 2014, pp. 32-34. Las 3 etapas: «De los planteamientos laicos a la ciudadanía política», «De la ciudadanía política a la apertura de espacios sindicales» y «Del silencio a la transgresión»: María Dolores RAMOS, «Identidad de género, feminismo y movimientos sociales en España» *Historia Contemporánea*, 21, 2000, p. 527 y Laura VICENTE, «Teresa Claramunt: feminismo obrerista y librepensador», en María Dolores RAMOS, *Tejedoras de ciudadanía: culturas políticas, feminismo y luchas democráticas en España*, UMA, Málaga, 2014, pp. 81-82. El rechazo a «un s. XIX atrasado» en acción femenina, en Mónica BURGUERA, «La influencia de Joan Scott en la historia contemporánea de España: historia social, género y giro lingüístico», en Cristina BORDERÍAS (ed.), *Joan Scott y las políticas de la historia*, Icaria, Barcelona, 2006, p. 192.

²¹ La sociabilidad en Luz SANFELIU, «Del laicismo al sufragismo. Marcos conceptuales y estrategias de actuación en el feminismo republicano, siglos XIX y XX», *Pasado y Memoria*, 8, 2008, pp. 65-66. «Heterodoxas» a mujeres excepcionales en los márgenes que quebraron el rol sexual asignado. María Dolores RAMOS, «feminismo laicista: voces de autoridad, mediaciones y genealogías», en Ana AGUADO y Teresa ORTEGA (eds.), *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, PUV, Valencia, 2011, pp. 21-44.

nas». Así, cabe adelantar los inicios de la movilización feminista y de las voces por la igualdad en la Restauración²².

La construcción discursiva de los sujetos, a cuyas acciones se dota de sentido mediante narraciones, metáforas y marcos determinados, justifica la centralidad de la prensa en este trabajo. No solo servía para informarse, su narración de la acción política —la difusión de actividades y contenidos determinadas—, la configuraba. Los militantes adquirían a través de la prensa ideas y valoraciones de la movilización. Conectaba y amplificaba los sucesos. Los mensajes de Madrid alcanzaban capacidad performativa en otros lugares. Muchas actividades solo se han encontrado relatadas en la prensa. Su carácter subjetivo y parcial, argumento contra su fiabilidad como fuente, no afecta a esta investigación, dado además que se persiguen datos verosímiles de movilización y sociabilidad. Se podía exagerar el número de asistentes y el ambiente de una reunión, omitir ideas o participantes; pero no consignar un mítin que no se había producido, adulterar de forma radical la presencia de mujeres, quiénes eran los oradores, el lugar del acto o la sede de un centro social. La prensa era la principal transmisora de la interpretación del presente, de las voces protagonistas, de los símbolos, de los rituales y de las relaciones entre intervinientes. Reforzaba la solidaridad tejida en las calles y en los centros sociales. La identidad colectiva venía configurada por la prensa. También a través de la familia y las amistades; en espacios de sociabilidad y por la experiencia en manifestaciones, mítines, banquetes, campañas electorales y disturbios callejeros.

Ya se ha mencionado la doble naturaleza que adquiere Madrid. Espacio de desarrollo de una cultura política marcada por la acción local, dados los

²² La misoginia en los republicanos en María Pilar SALOMÓN, «Las mujeres en la cultura política republicana: religión y anticlericalismo», *Historia Social*, 53, 2005, p. 105. El «feminismo de hombres» en María Dolores RAMOS, «feminismo laicista: voces de autoridad, mediaciones y genealogías», en Ana AGUADO y Teresa ORTEGA, eds. *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, PUV, Valencia, 2011, p. 28. Republicanos feministas en Sergio SÁNCHEZ, «Antecedentes del voto femenino en España: el republicanismo federal pactista y los derechos políticos de las mujeres (1868-1914)», *Historia Constitucional*, 15, 2014, pp. 445-469; y «Mujer y republicanismo en la España de la Restauración», en María Dolores RAMOS, *Tejedoras de ciudadanía: culturas políticas, feminismo y luchas democráticas en España*, UMA, Málaga, 2014, pp. 65-80. También Jesús ESPINOSA, «Discursos femeninos desde la masculinidad en España: una aproximación historiográfica», en Rubén CABAL y Ana GONZÁLEZ (coords.), *Estudios socioculturales: resultados, experiencias, reflexiones*, ARIES, Oviedo, 2016, pp. 171-182; y ««Feminismo de hombres» en la masonería y el librepensamiento español (1868-1920)», en José Miguel DELGADO e Yván POZUELO (coords.), *La masonería hispano-lusa: de los absolutismos a las democracias*, CEHME, Oviedo, 2017, Vol. 1.

condicionantes sobre las oportunidades políticas. La concepción del orden público y de los derechos de reunión y manifestación de las autoridades abocaron a los republicanos a una impotencia a nivel estatal y a una elevada capacidad de acción local. Al ser capital del Estado y sede de la Corte borbónica adquiría una resonancia particular única en España. Se convertía en altavoz de cualquier actividad de oposición, aunque tuviera un coste elevado en términos de movilización. Los procesos de urbanización y los cambios socioculturales y políticos influyen los unos en los otros. Las características del espacio urbano —residencia, empleo, movilidad, salubridad, lugares públicos, seguridad y otros—, participaron de la reconfiguración de las identidades. El Madrid del primer tercio del siglo xx sería una metrópoli europea de cierto desarrollo y diversidad sociocultural. Nuevas ofertas de ocio y mentalidades originaron nuevos sujetos. Las identidades de clase y las culturas políticas devienen «fenómenos híbridos con el proceso de urbanización», donde también se detectan procesos de «renegociación de las relaciones de género»²³. Aquí se entiende Madrid como un todo. Las identidades de barrios o suburbios se soslayan, pues la actividad republicana se entiende con vocación de afectar al conjunto y motivada por cuestiones generales. La movilización y la sociabilidad afectaron al centro de la ciudad, dado su peso simbólico; a los lugares de sedes del poder; a las calles de los centros sociales y de las redacciones de periódicos; o a los espacios para visibilizarse y reconocerse de forma pública. Los *lugares republicanos* se hallaban dispersos por la geografía madrileña y a ellos acudieron militantes de los cien barrios de la ciudad. Dado que el sujeto republicano se tiene por interclasista, en «ciudades del anonimato», condicionado por diferentes tramas urbanas, experiencias familiares y situaciones económicas. Tal vez este trabajo se sitúe así más cerca de la historia social y cultural de la política que de la «historia urbana de lo político»²⁴.

La sociabilidad y la movilización republicanas de la Restauración se estudian desde diversas escalas de análisis, que configuran la investigación en tres partes. En cada una de ellas, dos capítulos se centran en la acción colectiva y otro en la sociabilidad y la cultura política. Los materiales narrativos de la movilización corresponden a las manifestaciones, mítines y reuniones; a las campañas electorales y las relaciones conflictivas con las auto-

²³ Rubén PALLOL, «Deudas pendientes de la historia urbana en España», *Ayer*, 107, 2017, pp. 291-299; y Cristina DE PEDRO y Rubén PALLOL, «Rapto de novias, rebeldía sexual y autoridad familiar. Discursos y conflictos en torno a la crisis del orden de los sexos en la sociedad urbana de comienzos del siglo xx», *Clío & Crimen*, 13, 2016, p. 295.

²⁴ Rubén PALLOL, «Deudas pendientes...», *op. cit.*, p. 301.

ridades; a las construcciones simbólicas de los rituales y los mecanismos de configuración de la memoria republicana; así como a las acciones colectivas compartidas con otros sectores cercanos. Para la sociabilidad y cultura política se analizan la distribución geográfica, la organización y el desarrollo de los centros y espacios sociales; las actividades culturales y festivas, y su repercusión en la cultura política; y, las estructuras de encuadramiento y las dinámicas democráticas en las que se socializaron los militantes. Este trabajo se compone de una primera parte entre 1875 y 1895; una segunda parte desde 1895 hasta 1909; y, una tercera parte que abarcaría de 1909 al final del régimen en 1923.

La primera parte recorre los dos decenios de dispersión y de reorganización entre 1875 y 1895. La década inicial del nuevo régimen fue una etapa de clandestinidad, represión y debilidad. Las estructuras sociales habían sido disueltas tras los golpes militares. Durante la década de 1880 recuperaron pulso asociativo y presencia pública. El primer capítulo recorre los años de clandestinidad y reorganización entre 1875 y 1889. Entonces se produjo un cambio de ritmo en la movilización. La red de militancia, comités y círculos se vio favorecida por el ciclo de reformas liberales e impulsó la aceleración en años venideros. Entre 1889 y 1895 se produjo un ciclo de movilización con las reuniones más numerosas desde el Sexenio, la generalización de los mítines y grandes coaliciones. Todo ello se trata en el segundo capítulo. Los cambios normativos abrieron oportunidades políticas. La vía insurreccional se aparcó y la acción coordinada electoral dio nuevos recursos de movilización. Se alcanzó el cénit con el triunfo total en las elecciones legislativas de 1893. La respuesta institucional defensiva (aumento del fraude y la coacción) produjo el cierre del ciclo de protesta y la división republicana ante las respuestas violentas o adaptativas al bloqueo de las élites. El capítulo tercero analiza la organización de los centros sociales y asociaciones afines, así como las actividades culturales desplegadas.

La segunda parte del libro comienza en 1895, el año de quiebra del primer republicanismo, su propio *noventa y ocho*, por las divisiones al alcanzarse los límites de la democratización del régimen. El capítulo cuarto analiza los años de crisis y desmovilización entre 1895 y 1899, y el capítulo quinto la recuperación en el ciclo de protesta abierto entre 1899 y 1905. De nuevo una gran victoria electoral vino seguida de una reacción defensiva del gobierno, aunque en esta ocasión el cierre institucional causó un retroceso breve de la movilización. Ambos capítulos dan cuenta de la acción colectiva con predominio del repertorio cosmopolita. De las formas de movilización y actividades discursivas nuevas, narrativas míticas y cambios tácticos y en

los liderazgos. Las protagonistas femeninas irrumpen en la esfera pública. Se encadenaron dos ciclos de protesta con un leve reflujo entre 1907 y 1908. Las formas de sociabilidad entre 1895 y 1909 se analizan en el capítulo sexto. Experimentaron una dinámica similar a la movilización. Las redes se hicieron más densas y las actividades más complejas, la cultura política se redefinió en sentido populista, las asociaciones se multiplicaron y los espacios se extendieron por toda la ciudad. En algunos distritos los círculos lograron un arraigo profundo y duradero. Se configura una constelación de entidades híbridas, cercanas o aliadas, escenarios de una sociabilidad mixta e intercultural.

El año 1909 señala el comienzo de la tercera parte. El régimen entró en una vía muerta que aceleró su descomposición política, al resultar incapaz de reprimir las movilizaciones de contestación y negarse a realizar reformas integradoras. El bloque final comienza con un capítulo séptimo dedicado al año de 1909, en un ejercicio de aproximación microhistórica a la movilización. Ese año se pueden fijar el surgimiento de la opinión pública movilizadora; la rutinización de recursos modernos como la manifestación masiva, planificada, ordenada y pacífica; la derrota del gobierno por esa ciudadanía en las calles; y, la alianza de fuerzas antidinásticas que abrió las puertas de la política institucional municipal. La violencia que caracterizó el verano de 1909 en Barcelona se hallaría casi ausente de las calles de Madrid. El capítulo octavo que recorre la crisis del sistema de la Restauración entre 1909 y 1923 se articula en torno a un nuevo sujeto político: la alianza forjada en 1909, activa durante una década y denominada *Conjunción republicano-socialista*. En este marco la movilización se desplegó de manera más continuada y estratégica, gracias a la disciplina del Partido Socialista. En el interior de la alianza se desplazó el liderazgo político y táctico, y el grado de apoyo popular, de los republicanos a los socialistas. Al comienzo los republicanos eran mayoría; en 1914 ambos gozaban de un respaldo similar; y en 1919 el socialismo se convirtió en la fuerza hegemónica de las izquierdas. El capítulo nueve recorre las formas de sociabilidad en las dos décadas finales del régimen. Los espacios se rearticulaban alrededor de las escuelas laicas, devenidas buque insignia y vanguardia del proyecto cultural. La alianza con los socialistas facilitó los intercambios y colaboraciones. La otra piedra angular fueron los eventos de ocio y diversión democráticos, apropiación o declinación particular de la tendencia sociocultural general.

Para el republicanismo la Restauración acabó del mismo modo que había comenzado, en un cierre de las oportunidades políticas por la intervención militar en la dialéctica de las fuerzas de la sociedad civil. En el

medio siglo transcurrido se habían consolidado un repertorio de acción colectiva y unas formas de sociabilidad complejas y modernas; un encuadramiento en diversas entidades asociativas de aculturación, formación y divertimento extendidos por toda la ciudad; y, un ejercicio constante de prácticas y cultura democrática. Al estudio de este proceso se dedican las páginas que siguen.

MARCO TEÓRICO Y METODOLOGÍA

La presente investigación combina categorías analíticas y propuestas teóricas diversas. Por razones de espacio se expondrán las principales hipótesis, enfoques y conceptos de modo resumido. De la acción colectiva y los movimientos sociales parten la movilización, las sociabilidades y las identidades. Y sus procesos de configuración. De la movilización política se llega a las formas de sociabilidad. Podría realizarse un trayecto inverso pero se ha optado por dar mayor peso a la primera; la sociabilidad será una veta de análisis complementaria. Como envolvente y nexos se situaría la cultura política, ligada a la redefinición permanente, discursiva y conflictiva de las identidades colectivas. Se siguen las teorías de los movimientos sociales, entendidos en continuo cambio, como objeto de estudio que no se explican solo por su contexto y por la necesidad de atender a los procesos de definición y participación²⁵.

Teorías de la acción social y de la movilización

Para estudiar la movilización se parte de las obras de Sidney Tarrow y de Charles Tilly, referentes de la llamada *teoría de los procesos políticos*, por la importancia que dan a los entornos y por su rechazo a equiparar movimientos sociales con organizaciones formales. Equiparación que caracteriza la *teoría de la movilización de recursos*. Junto a este enfoque procesual se toman aportaciones de McAdam, McCarthy y Zald, adaptaciones de Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, y los trabajos de Laraña, Melucci y

²⁵ Desarrollo teórico completo en mi tesis doctoral *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, accesible en: <https://repositorio.uam.es/handle/10486/687583>. Enrique LARAÑA, *La construcción de los movimientos sociales*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, pp. 81 y 82.